

# La dimensión simbólica del diálogo

*El autor nos dice que el diálogo que se protagonizó en nuestro país fue más un hecho simbólico que lo que realmente significa el término. Desde esa premisa de arranque, nos va repasando en el conjunto de acciones que se fueron dando para llegar a concluir que el diálogo se convirtió en una acción comunicativa meramente simbólica y no real. El resultado fue que el diálogo fue transformado, por ambas partes, en un fin político en sí mismo y no un mecanismo de interlocución para concretar acuerdos*

**ALEJANDRO TEREZANI**

**E**n estos últimos meses, en Venezuela venimos escuchando toda una discusión y una diatriba política alrededor de la necesidad del diálogo que se supone debe darse entre los representantes del Gobierno y los de la oposición, para tratar de resolver la crisis económica, política y social que enfrenta el país en estos tiempos. Pero lo que finalmente vemos es que salvo algún primer paso incitado por entes extranjeros (El Vaticano, Unasur y otros mediadores), muy poco se ha concretado al respecto, no ya en respuestas y soluciones, sino en el mismo acto de sentarse a dialogar. Porque al final pareciera que no tiene importancia lo que se discuta, ni cuál será el contenido de lo que se dialogue, porque los dialogantes saben que no se llegará a nada, ni se harán caso mutuamente (de hecho, esta conclusión se desprende de esos primeros escarceos realizados hace ya casi un año).

Sin embargo, se habla permanentemente de la importancia del diálogo, y se maneja tanto este término que en definitiva se ha convertido en un fin en sí mismo, y no un mecanismo de

interlocución para concretar acuerdos. Más aún, ha terminado siendo un símbolo que ambas partes usan para demostrar la iniquidad del contrario. Esa dimensión simbólica del diálogo hay que entenderla, entonces, desde la visión del sentido que le damos a esos hechos, y lo que se construye alrededor de los símbolos y su sentido en esta sociedad polarizada que tenemos aquí hoy.

## ¿QUÉ ES DIÁLOGO?

Dialogar es condición inherente a los seres humanos. No siempre, pero en la resolución de las diferencias, en la confrontación de las ideas, en el intercambio de los saberes, el diálogo ha sido clave. Julián Pérez Porto y María Merino, en [www.definición.de](http://www.definición.de) (2012) señalan que “suele hablarse del diálogo como una exposición e intercambio de pensamientos donde se aceptan las posturas del interlocutor y los participantes están dispuestos a modificar sus propios puntos de vista”. Se define como diálogo justamente al uso específico del lenguaje que se caracteriza por unos rasgos fundamentales: la concurrencia

de varios sujetos, la alternancia en igualdad relativa para los turnos de intervención, y la progresión en la creación de sentidos o contenidos significantes (Boves Naves, 1992). Esta forma de discurso compartido es muy importante para toda sociedad, cultura y grupo humano, porque construye relaciones y resuelve diferencias.

El diccionario de la lengua española (DLE) define diálogo como “plática entre dos o más personas, que alternativamente manifiestan sus ideas o afectos” (2001, p. 816); pero Santiago del Rey Quesada señala que hay que diferenciar entre diálogo y conversación, y que la actual idea de diálogo como espacio de discusión y resolución no es similar a la que se tenía en el Renacimiento o en el siglo XIX, que además se diferencia del diálogo escrito, inscrito en un texto

(novela, obra de teatro) que el hablado e improvisado (2015, pp. 65 y 66). Por otro lado, el diálogo en opinión de David Bohm (1997), constituye un ejercicio de muchas aristas que trasciende, sin duda, las nociones típicas de charla o intercambio de comunicación. El diálogo explora un aspecto inusualmente amplio de la experiencia humana, desde la percepción de valores hasta los factores emocionales, desde las pautas del pensamiento lógico hasta las funciones de la memoria. Esto desde tiempos muy remotos.

Indudablemente, una acción tan ligada a la comunicación, a la interlocución y al intercambio de ideas, tiene miles de años de desarrollo. Ciertamente, una de las primeras manifestaciones de humanidad y de cultura es esa: la capacidad de dialogar. Eso es válido para toda sociedad desde la antigüedad. Ahora bien, tal vez los diálogos más conocidos para nosotros, en el campo de la antigua cultura occidental sean los de Platón. En ellos el filósofo griego busca comentar, analizar y discutir diferentes aspectos de la vida de su época, desde la política hasta la justicia, pasando por la belleza y la moral. Sin embargo, el objetivo último de estas discusiones que se dan entre los personajes par-

ticipantes, es no llegar a una conclusión específica, sino a postular los problemas desde diferentes puntos de vista, para que el lector saque sus conclusiones, que en principio son las que el mismo Platón propugna. Es el uso del diálogo como forma didáctica. De ahí en más, esta forma consensuada de conversación se ha presentado invariablemente en todos los períodos históricos.

Si bien es cierto que el diálogo como forma conveniente de resolver conflictos es una tendencia del siglo XX, no es menos cierto que en muchas ocasiones, partes en conflicto se han sentado a negociar y a resolver diferencias, más allá de la política y los enfrentamientos bélicos. El término *diálogo* ha estado, entonces, en la boca de muchas partes en conflicto durante años.

En la Venezuela de hoy en día, escuchamos esa palabra en repetidas ocasiones, no solo de boca de los políticos sino del público común, que ha asumido esa idea de dialogar como parte de su cotidianidad conflictiva. Estamos en una coyuntura que a marzo de 2017 nos muestra un país en crisis económica, social, política y de seguridad nacional. En esta situación, la necesidad de un diálogo entre el Gobierno y la oposición se esgrime como una forma de resolver de cierta manera esta crisis institucional única. Lo curioso es que ese diálogo tantas veces mentado, ha dejado de ser un hecho para convertirse en un símbolo, un factor que trasciende su utilidad para terminar siendo una entelequia, algo que es útil solo como fin propagandístico, como argumento verbal para desvalorizar al contrario. Esta es una manera muy *sui generis* de comprender un acto que, en principio, no tiene nada de simbólico, entendiendo este como representación convenida de una realidad perceptible, socialmente aceptada.

### ¿QUÉ ES EL SÍMBOLO?

La idea de símbolo es una de las más complejas e interesantes que derivan de la semiótica, y cuyo origen hay que buscarlo en las lenguas, en las imágenes, en los signos. De hecho, un símbolo es un signo que está cargado de contenido ideológico, emocional, representacional o conceptual. En el entendido que un signo es algo que está en

**El diálogo explora un aspecto inusualmente amplio de la experiencia humana, desde la percepción de valores hasta los factores emocionales, desde las pautas del pensamiento lógico hasta las funciones de la memoria. Esto desde tiempos muy remotos.**

lugar de otra cosa (Morris, 1985; Eco, 1991; Todorov, 1993; Barthes, 1993; Sebeok, 1996; Beuchot, 2004), los signos potencian nuestra capacidad de representar y de comunicar. Los signos construyen lenguajes –y también “meta-lenguajes” (Morris, 1985)– fundamentados en acuerdos, convenciones o codificaciones. Dice Umberto Eco (1991) que “un signo está constituido siempre por uno (o más) elementos de un plano de la expresión, colocados convencionalmente en correlación con uno (o más) elementos de un plano de contenido” (p. 83). Esto explica la relación entre significado y significante, que es bastante compleja, además. Como establece Roland Barthes (1993), “el mundo está lleno de signos, pero estos signos no tienen todos la bella simplicidad de las letras del alfabeto, de las señales del código vial, o de los uniformes militares: son infinitamente más complejos y sutiles” (p. 224). Esa complejidad se ve acentuada aún más cuando tratamos con símbolos.

Según Tzvetan Todorov (1991), la diferencia entre el signo y el símbolo es el carácter inagotable de este último, dado que en el símbolo hay una asociación alegórica que no existe en el signo por su carácter convencional. Siendo así, en el símbolo hay una representación perceptible de una idea, con rasgos asociados por una costumbre socialmente aceptada. Es un signo, en efecto, pero sin semejanza ni contigüidad, que posee un vínculo de contenido ideático entre su connotación y su denotación, más allá de lo evidente.

Los grupos sociales suelen tener símbolos que los representan o les conducen a ideas. Aquí, en la Venezuela de 2017, vemos como además de una enorme cantidad de elementos simbólicos impulsados desde el Gobierno, tenemos uno nuevo, cuyo origen no es, justamente, el de un símbolo: el diálogo. Se ha cambiado la dimensión del diálogo, de un medio a un fin. Es la sustitución de una realidad por otra. Basta leer las opiniones de algunos líderes políticos, basta ver la realidad del país, para comprobar esta metamorfosis.

### EL DIÁLOGO ES SOLO UN SÍMBOLO

La situación política, social, económica y moral de Venezuela en 2015 hizo que las fuerzas de

oposición adquirieran un peso importante en la vida del país (sobre todo a partir de las elecciones para la Asamblea Nacional de diciembre de 2015), por lo que las condiciones obligaron al Gobierno a intentar un equilibrio y una plataforma de gobierno, que debía sustentarse en un diálogo entre las partes que llevara a acuerdos de gobernabilidad y estabilidad. La oposición aceptó esa propuesta, sobre todo considerando que estaba el Estado Vaticano comprometido con esta acción, que empezó formalmente en 2016. Hace ya más de un año de eso, y la conclusión pareciera ser que esa idea de dialogar no llevó a nada y fue un fracaso. Por lo menos para aquellos que pensaban en alguna forma de cambio en el Gobierno.

No obstante, la idea de que el diálogo era importante, de que era una necesidad, de que era un puente tendido, llevó a los interlocutores a llevar su significado más allá. El diálogo dejó de ser un mecanismo de negociación, una vía de comunicación, para convertirse en un fin en sí mismo, un hecho que convierte a los dialogantes en factores positivos o negativos, dependiendo de cómo se vea su posición. Tan es así que cada factor considera que el hecho de dialogar es, de por sí, signo de su condición política.

Algunos de los más relevantes líderes del Gobierno y de la oposición, en dos facciones bastante definidas, han opinado al respecto del diálogo, ya no como confluencia de entendimiento, sino como bastión de trincheras. Por ejemplo: el presidente Nicolás Maduro, dijo: “Esperamos a través del diálogo sacar del desacato a la Asamblea Nacional” (diario *2001*, 19-01-17). El presidente de la Asamblea nacional hasta enero de 2017, señaló: “El diálogo está muerto, no se logró nada. Que cada uno retome su agenda. El Gobierno que siga en la suya y la oposición que continúe con su agenda democrática, constitucional, pacífica y electoral” (*Globovisión*, 07-12-16). Como se observa, cada uno da un valor simbólico distinto al diálogo. Igual se pueden citar otros actores políticos.

**El diálogo dejó de ser un mecanismo de negociación, una vía de comunicación, para convertirse en un fin en sí mismo, un hecho que convierte a los dialogantes en factores positivos o negativos, dependiendo de cómo se vea su posición. Tan es así que cada factor considera que el hecho de dialogar es, de por sí, signo de su condición política.**

**No parece ser este el caso en Venezuela, donde nadie cree en el otro, donde el diálogo se considera nada más un hecho simbólico, elemento de debilidad o fortaleza para cada factor, sin importar si realmente puede funcionar o tener consecuencias. Son nada más que banderas que esgrimir.**

El actual presidente de la Asamblea Nacional, Julio Borges, afirmó: “El diálogo sirve para lavarle la cara al Gobierno” (*Globovisión*, 22-02-17). Por otra parte, según Diosdado Cabello, el vicepresidente del PSUV, partido de gobierno, “el diálogo es una bombona de oxígeno para la oposición” (Diario *El Universal*, 3-11-16). Jorge Rodríguez, alcalde del Municipio Libertador y líder del PSUV expresó: “Nosotros no vamos a levantar la mesa de diálogo; insistiremos y mantendremos este proceso que todo el mundo quiere” (*Efecto Cocuyo*, 27-12-16). Henrique Capriles, gobernador del estado Miranda, por la oposición, dice: “Una cosa es el diálogo en que creemos los venezolanos y otra cosa lo es para el Gobierno. Para ellos el diálogo es monólogo” (*eluniversal.com*, 26-01-17). La canciller venezolana, Delcy Rodríguez, afirma: “Nos mante-

nemos en el diálogo, es la MUD quien insiste en estudiar las propuestas” (diario *El Nacional*, 24-01-17). En tanto la lideresa de oposición, María Corina Machado, considera que: “El diálogo es un pacto para traicionar a los venezolanos que luchan contra esta tiranía que se ha instalado en el país” (*el-carabobeño.com*, 21-02-17). Henri Falcón, gobernador de Lara, dijo que: “La debilidad del diálogo es el “secretismo” y la “exclusividad”, los cuales generan dudas en la población” (*el-nacional.com*, 09-12-16). El abogado constitucionalista Hermann Escarrá señaló: “Apuesto por un diálogo plural y sin imposiciones” (*talcualdigital*, 24-02-17). Como se ve, en ningún caso hay concordancia con la consistencia de un diálogo entre las partes.

Esto es realmente un problema para el país. Muchas naciones, pueblos y facciones en conflictos y dificultades, hallaron en el diálogo, la negociación y la intermediación, una solución a sus problemas. Puede que tras meses o años, pero con una idea de lo que el diálogo podría definir. No parece ser este el caso en Venezuela, donde nadie cree en el otro, donde el diálogo se

considera nada más un hecho simbólico, elemento de debilidad o fortaleza para cada factor, sin importar si realmente puede funcionar o tener consecuencias. Son nada más que banderas que esgrimir. Estamos en otra dimensión comunicativa, no la fáctica –donde la interlocución es un hecho–, sino en la simbólica, donde se ha convertido al diálogo en algo inalcanzable, en un fin al que se dirigen los deseos pero no las acciones. En esta dimensión, no hay más que ilusión. O desilusión.

#### ALEJANDRO TEREZANI

*Licenciado en Comunicación Social. Profesor de las escuelas de Comunicación Social de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Católica Andrés Bello. Especialista en diseño gráfico y en semiótica de la imagen.*

#### Referencias

- BARTHES, R. (1993): *La aventura semiológica*. Barcelona: Paidós.
- BEUCHOT, M. (2004): *La semiótica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BOHM, D. (1997): *Sobre el diálogo*. Barcelona: Kairos.
- BOVES NAVES, M. (1992): *Diálogo: estudio pragmático, lingüístico y literario*. Madrid: Gredos.
- ECO, U. (1991): *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.
- MORRIS, Ch. (1985): *Fundamento de la teoría de los signos*. Barcelona: Paidós.
- Platón. (2014): *Diálogos*. México: Editorial EMU.
- PÉREZ PORTO, J. y MERINO, M. (2016): <http://definicion.de/dialogo/>, rescatado el 06-02-2016 en [www.definicion.de](http://www.definicion.de)
- QUESADA, S. del Rey. (2015): *Diálogo y traducción*. Alemania: Editorial Narr-Verlag.
- Real Academia de la Lengua Española. (2001): *Diccionario de la Lengua Española (DEL)*. Vigésimo segunda edición, Tomo I.
- SEBEOK, T.A. (1996): *Signos: una introducción a la semiótica*. Barcelona: Paidós.
- TODOROV, T. (1991): *Simbolismo e interpretación*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- \_\_\_\_\_ (1993): *Teorías del símbolo*. Caracas: Monte Ávila Editores.